

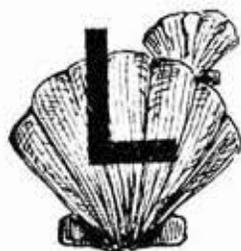
COMENTARIOS SOBRE LA SITUACION POLITICO-ESTRATEGICA DEL JAPON

Por

Francisco GHISOLFO Araya
Capitán de navío, Armada de Chile

I. GENERALIDADES

A.—Introducción



A SITUACION geo-política del Japón en el noreste del Asia es bastante inconfortable y no tiene nada de envidiable. Frente a las islas metropolitanas se

levantan las dos mayores potencias comunistas, Unión Soviética y China, cuyos objetivos políticos coincidentes de dominación de la región y del mundo los ha llevado a un serio enfrentamiento.

Japón constituye el punto más importante de la presencia de Estados Unidos en el área y es un enclave vital en la lucha contra la expansión del comunismo en esa región.

Japón mantiene fuertes lazos económicos con las Repúblicas de Corea y China Nacionalista, situadas ambas en sus vecindades; la primera una nación dividida entre cuyas partes puede iniciarse en cualquier momento la guerra, y la segunda, un problema candente para China Comunista, la eliminación de cuyo gobierno tiene primera prioridad en su política exterior,

Por otra parte, siendo Japón la tercera potencia económica en el mundo, no es productor de materias primas ni de combustibles y su industria es absolutamente dependiente del exterior, como lo es también para la colocación de su producción en el mercado mundial.

Para la sustentación de su política externa no cuenta con Fuerzas Armadas consecuentes con su situación y potencialidad económica, y sus medios de auto-defensa no tienen capacidad nuclear, por lo cual su diplomacia se ha sustentado por largos años en el Tratado de Seguridad con los Estados Unidos, suscrito después de la Segunda Guerra Mundial, lo que en un principio fue adecuado; sin embargo muchas personas se preguntan si no es el momento para que Japón reconsidere el valor y la necesidad de este tratado, bajo las nuevas condiciones impuestas por la situación mundial y lo fortalezca si fuese necesario.

Esto se debe tanto a la situación vecinal del Japón, fuertemente impactada por la caída de Vietnam en poder de los comunistas, como a la situación mundial

que involucra a todos los países antes mencionados, y que adquiere especial actualidad con la reciente renovación de los líderes en Estados Unidos y China, dos de las tres grandes potencias involucradas, y el cambio de gobierno en el mismo Japón.

Otro factor no menos importante, es la situación política interna del Japón, con facetas muy particulares, que es conveniente considerar en cualquier análisis de la situación internacional que se efectúe.

Estos factores hacen que la alianza nipo-americana esté siendo cuidadosamente considerada, tanto en Tokio como en Washington. Los japoneses están nerviosos con respecto a Corea, están preocupados si EE.UU. considera o no un repliegue del Asia, tienen interés con respecto a sus relaciones con China y la Unión Soviética, están buscando tener un papel más significativo en el desarrollo de los asuntos internacionales. Están pensando seriamente con respecto a su seguridad y la confianza de sus relaciones con los Estados Unidos.

Washington, por otra parte, está tratando de reafirmar su papel en Asia como resultado de la toma del poder de los comunistas en Vietnam, en sus relaciones con las Filipinas, Taiwan, China y la Unión Soviética, de sus lazos de seguridad con Corea del Sur y la continuación de sus relaciones con Japón.

El espíritu de la actitud del gobierno de los EE.UU. debe buscarse en el shock psicológico que produjeron en los norteamericanos los sucesos ocurridos en Vietnam, Laos y Cambodia. Esto, en todo caso, es un saludable cambio de actitud en virtud de la falta aparente de un desacuerdo serio de la política de los EE.UU. por los líderes de gobierno durante el período de la guerra de Vietnam.

Las relaciones nipo-americanas estarán influenciadas fuertemente por los eventos que puedan suceder en la península coreana y por las relaciones multipolares de Japón, Estados Unidos, China y la Unión Soviética. Todo desarrollo de tales relaciones debe considerar el equilibrio de fuerzas emergentes en el Pacífico Occidental.

Es probable que la alianza nipo-americana se vea afectada muy poco por la

caída de Vietnam; que las condiciones básicas y naturaleza del tratado requieran sólo pequeños ajustes. Aun cuando Japón decidiera embarcarse en una política exterior independiente, hay poderosas fuerzas en la sociedad japonesa militantes contra esta posibilidad.

La situación será considerada a la luz del Tratado de Seguridad nipo-americano, de la situación en Corea, de las relaciones entre la Unión Soviética, China, Japón y los EE.UU., y del desarrollo de la política interna en Japón y en los Estados Unidos.

B.—La Seguridad de Japón y el Tratado Nipo-Americano

El Tratado de Seguridad entre Japón y los EE.UU. ha existido por más de 25 años. Es un tratado que ha recompensado con creces a ambos países. Para los EE.UU. significó la posibilidad de tener presencia bélica en el Este Asiático y base para ejercer este poder. A Japón le brindó la posibilidad de reconstruir el país destrozado por la derrota detrás del escudo protector del poderío convencional y nuclear de los EE.UU.

Pero también ha sido un tratado que ha creado profundas divisiones políticas en Japón. Estas divisiones produjeron un real dilema a su gobierno con respecto al problema del rearmamento, la cláusula de la Constitución de renuncia a la guerra, el desarrollo de armas nucleares y la adopción de una política exterior más fuerte.

Mientras el rearme ha continuado a un modesto paso (alrededor del 1% del PNB del Japón se destina a los establecimientos militares comparado con el 6% en los EE.UU. y el 11% en la Unión Soviética), el énfasis se ha puesto siempre en la defensa. Los esfuerzos para incrementar substancialmente el poderío de las fuerzas de auto-defensa generalmente han fracasado. El gobierno, precaviéndose de la oposición en la Dieta, ha estado re-nuente a proponer un presupuesto de gastos que signifique un incremento significativo de las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas. Una oposición agresiva y alerta, unida en torno a no más que un pequeño temor del resurgimiento del militarismo, ha tenido pleno éxito en amagar cualquier intento del gobierno de levantar substancialmente las fuerzas de auto-defensa.

La acción cautelosa del gobierno puede verse en su renuncia a proponer aún que la Agencia de Defensa del Japón sea elevada a la condición de ministerio. Apenas flota en el ambiente la idea de intentar esta proposición, surgen inmediatamente las reclamaciones de la oposición porque se pretende imponer el rearme y el resurgimiento del militarismo. La política de las fuerzas de izquierda de impedir un acelerado crecimiento de las fuerzas de auto-defensa cuenta con el apoyo de la mayoría en la sociedad japonesa. Hay elementos substanciales entre los líderes del gobierno que también se oponen al retorno del militarismo, pero visualizan unas fuerzas de auto-defensa más fuertes en beneficio de los intereses del Japón.

Análoga al asunto del rearme ha sido la actitud pública con respecto al artículo 9 de la Constitución. El apoyo a la cláusula de renuncia a la guerra ha sido abrumador. Una corte ha llegado a fallar que las fuerzas de auto-defensa son inconstitucionales, decisión que el gobierno ha apelado. Japón probablemente es la única nación en la historia en que uno de sus propios tribunales haya declarado ilegales a las Fuerzas Armadas.

La fuerza del problema constitucional en los políticos japoneses puede verse en un incidente que ocurrió en la legislatura japonesa a comienzos de 1975. El Ministro de Justicia Osamu Inaba en el gabinete de Miki concurrió a la última concentración en el Día de la Constitución, que propiciaba la revisión de la Constitución para hacer del emperador, actualmente símbolo del Estado, Jefe del Estado, y la enmienda de la cláusula de renuncia a la guerra para hacer constitucionales a las fuerzas de auto-defensa. El señor Inaba fue cuestionado en la Dieta por los miembros de la oposición por haber asistido a tal concentración. Inaba, que es erudito en derecho constitucional, repetidamente declaró que lamentaba que haya sido mal interpretada su asistencia, pero aseguraba que estuvo ahí a modo personal, ejerciendo su derecho de libertad de palabra. Dijo que la Constitución tiene muchos defectos y necesita enmiendas.

Sus afirmaciones provocaron un pandemonium en la Dieta, con la oposición declarando enfáticamente que cualquiera

revisión de la Constitución llevaría a revivir el militarismo de la pre-guerra. Posteriormente demandaron la renuncia de Inaba, boicotearon la legislación por varios días y suscribieron sucesivos requerimientos al Primer Ministro Miki en el sentido que no sería considerada la revisión si se osaba presentarla y que Inaba no debería hacer tales recomendaciones mientras fuese miembro del gabinete, y el gobierno tuvo que aceptar y dejar constancia escrita de todo ello. Las deliberaciones en la Dieta fueron interrumpidas por más de dos semanas por este incidente. Ha habido en el pasado hechos similares que reflejan la sensibilidad en cuanto a los asuntos del militarismo y Constitución en los políticos japoneses.

El desarrollo de armas nucleares en Japón es un asunto tan conflictivo como la vuelta del militarismo y la revisión de la Constitución. En efecto, los oponentes al armamento nuclear sostienen que el desarrollo de tales armas sería un paso significativo hacia el militarismo. Sin embargo, otros sostienen que Japón debería desarrollar ese armamento en beneficio de su propia seguridad. Esencialmente, el argumento de estos últimos es que el paraguas nuclear de EE.UU. no es confiable; que los EE.UU. no cambiarían Chicago por Tokio en un intercambio nuclear con la Unión Soviética. También China ha obtenido tales armas y Japón debería por consiguiente hacer lo mismo para protegerse. Un tercer argumento es que la posesión de armas nucleares permitiría a Japón entrar de lleno al rango de las grandes potencias que es indispensable para jugar un papel de actor principal en el escenario internacional.

Los oponentes a las armas nucleares sostienen que Japón es la nación más vulnerable en el mundo a un ataque nuclear. Alrededor del 90% de la población y de la industria japonesa está en un cinturón de 100 millas que corre de Tokio a Nagasaki y las bombas nucleares podrían destruir literalmente esa área. Además, Japón no tiene los recursos necesarios para desarrollar la capacidad del segundo golpe contra la Unión Soviética y no puede competir con las dos super-potencias en el desarrollo de armas nucleares. Un Japón equipado con armas nucleares podría asustar a las otras naciones asiáticas que recuerdan el imperialismo

japonés. Esto podría afectar al comercio nipón con esos países y reducir el suministro normal de materias primas que se obtienen de dichas áreas. Esto también podría causar la aceleración del paso del desarrollo nuclear de China y en general aumentar la tensión en toda el área.

Mientras Japón aparece actualmente renuente a embarcarse en un programa de armas nucleares y en cambio satisfecho de mantenerse bajo el paraguas nuclear de EE.UU., hay una nota de incertidumbre en su política nuclear. Su renuencia a ratificar el tratado de no proliferación nuclear, sugiere que aún no está listo para alinearse decididamente al lado de las naciones no nucleares.

El problema del papel que jugará Japón en los asuntos internacionales también está recibiendo atención cuidadosa en Tokio. Bajo la tutela de los EE.UU., el gobierno japonés enfrenta el problema de cómo jugar un papel internacional de más fuerza, pero ha sido muy cauto en la preparación de planes con este propósito, indudablemente por la reacción de la oposición hacia una política internacional más positiva. Sin embargo, se han tomado algunas acciones que han movido a ese país sobre una senda ligeramente divergente con respecto a la seguida por los EE.UU. En efecto, esta divergencia fue uno de los argumentos usados por el gobierno para apelar a la oposición.

Las discusiones con la Unión Soviética con respecto al desarrollo de Siberia y con Vietnam del Norte en cuanto a política económica y una pequeña inclinación hacia los árabes en la crisis del petróleo, son algunos de los pasos dados por Japón para sostener una política exterior más independiente. Pero éstas han sido acciones relativamente menores y reflejan las serias limitaciones a que está sujeto Japón, por la falta del poder necesario para respaldar su diplomacia. Que en el futuro tenderá a separarse de los EE.UU. en ciertas acciones de su política exterior, es indudable; pero cuanto más lejos irá en sus movimientos es menos predecible. Las limitaciones autoimpuestas en el desarrollo del poderío nacional también imponen limitaciones al grado de desviación que pueden dar a la orientación de su política exterior con respecto a los EE.UU. Es considerado dudoso, salvo que se produzca un cambio

mayor en el equilibrio de poder en el Este Asiático, que Japón cambie substancialmente sus relaciones de política exterior con los EE.UU. Si se produce una seria revaluación en Japón de su alianza con los EE.UU., ésta sería motivada por los eventuales cambios de la política norteamericana con respecto a sus compromisos con Corea.

Por otra parte, conviene recordar que dentro del concepto de política mundial trilateral que propicia el asesor de Jimmy Carter, Zbigniew Brzezinski, Japón es uno de los lados del triángulo que completan EE.UU. y Europa Occidental, y, por consiguiente, es de suponer una acción mancomunada de EE.UU. con Japón en su futura política con respecto al Asia.

II.—SITUACION POLITICO - ESTRATEGICA GENERAL

A.—Situación Mundial

Los grandes lineamientos de la política internacional de los últimos años están orientados al mantenimiento de la paz a escala mundial, el término de la guerra fría y la coexistencia pacífica, y están en desarrollo varios movimientos con este propósito.

Los EE.UU. están envueltos en una nueva vuelta de las conversaciones SALT llevadas a cabo en Ginebra en las cuales no se han alcanzado los logros significativos que se esperaban. El Secretario de Estado Kissinger sostuvo conversaciones con Gromyko en Ginebra y antes de eso fue a Moscú, pero no se logró mayor progreso a través de las conversaciones.

Aparentemente el problema radica en que los EE.UU. tuvieron una política errada en las primeras conversaciones para limitar las armas nucleares, en las cuales ambas partes crearon la oportunidad y las condiciones para que Nixon visitara la Unión Soviética. El error fue que Estados Unidos pensó que cuando se comprometiera con la Unión Soviética, dándole ventajas cuantitativas en los ICBM y SLBM, la Unión Soviética sería incapaz de alcanzar a los EE.UU. en MIRV, en los cuales los EE.UU. estaban muy lejos cualitativamente. Pero, contrariamente a lo que esperaba EE.UU., la Unión Soviética

tica ha avanzado rápidamente y está ahora empeñada en la producción de los MIRV.

Por lo anterior, EE.UU. trató de corregir el acuerdo previo de limitación de armas nucleares en las conversaciones de SALT II en Ginebra. Pero, como es bien sabido, la Unión Soviética tiene la característica de no entregar nada de lo que ya se ha metido en el bolsillo. Por ello SALT II fue una negociación muy difícil para los Estados Unidos.

Por otra parte, también se desarrolló en Ginebra, hace algún tiempo, la Conferencia de Cooperación y Seguridad Europea, cuyas negociaciones progresaron en forma poco satisfactorias, principalmente porque en el tercer punto se pedía el libre intercambio de personas y de informaciones, cosa que molestaría grandemente a la Unión Soviética. Los países de Europa Occidental piensan que no puede haber desarrollo social sin el libre tránsito de las personas y el intercambio de las informaciones. Aun cuando se hubiese logrado un acuerdo entre el Este y Occidente, la solución radical no se lograría.

En Viena, las conversaciones se han encaminado hacia la reducción de fuerzas en ambas partes. No se sabe que se haya progresado en ello. Todo lo anterior está demostrando que si bien es cierto que el concretar acuerdos para la coexistencia pacífica, es una buena acción que merece la preocupación de todos los gobiernos, esto no pasa más allá de ser una buena intención, y parte de la política exterior de los países, que no produce los medios suficientes para conducir a la distensión y a la coexistencia pacífica. Para Japón sería precipitado escuchar las demandas de la Unión Soviética y de otros países para ir a la formación en Asia de una *détente* que buscara la coexistencia pacífica.

B.—Situación Vecinal

Con respecto a la situación política vecinal del Japón, es necesario puntualizar previamente que una de las mayores obligaciones de la diplomacia de un país es moverse para lograr la seguridad nacional. Sin seguridad no se puede manejar bien ningún problema, sea éste político

o económico; esto es válido para todos los países y muy especialmente para el Japón.

El rápido desarrollo de posguerra del Japón se debe más que nada al notable esfuerzo desarrollado por el pueblo japonés en el cumplimiento de sus respectivas tareas, enmarcado en la seguridad del Tratado con los EE.UU., otorgada en el más amplio sentido de la palabra. Por consiguiente, este sentido de seguridad será cada vez más necesario en el futuro. Esto es porque los estados tratan de ser cada vez más poderosos, como los individuos tratan de ser cada vez más ricos.

En los últimos diez años mucho se ha hablado y especulado con el relajamiento de la tensión internacional, el advenimiento de la paz mundial y la coexistencia pacífica. La paz a escala mundial ha sido ciertamente mantenida, sin una guerra total por alrededor de 30 años después de la Segunda Guerra Mundial, pero los enfrentamientos inter-estados han continuado en muchos lugares del mundo y ha existido tensión en todas partes, muy lejos de haberse alcanzado una solución radical. No tan sólo eso, sino que además hay algunos países que están llevando a cabo una política abierta de dominación y expansión. Rusia en el norte de Japón es uno de ellos. Por otra parte, debe considerarse en su justo valor el armamentismo de ambas Coreas para un eventual enfrentamiento entre ellas, pero que ha llevado a ambos países a un potencial bélico extraordinario. Norcorea grita y reclama por la liberación de Corea del Sur, la cual ha levantado a sus Fuerzas Armadas a un nivel que en número constituyen la cuarta potencia militar en el mundo.

Para analizar el armamentismo de un país es necesario dar un vistazo a su presupuesto nacional. Con este objeto es conveniente detenerse un momento en el presupuesto de Rusia. Hace ya bastante tiempo, que una publicación clandestina de los soviéticos se refirió a dos indagaciones económicas. De acuerdo con los resultados de sus investigaciones, como fue publicado el año 1973 en el "Herald Tribune", el presupuesto militar soviético es la mitad del presupuesto total. Por varios indicios y fenómenos, se estima que el presupuesto militar soviético podría ser

entre un medio y un tercio de su presupuesto total. Esta estimación conservadora parece ser aproximadamente la misma dada por los dos economistas soviéticos en la referida publicación clandestina.

Si las cifras soviéticas dicen la verdad, el presupuesto en 1974 habría llegado a los 130 billones de dólares, mientras que Estados Unidos llegó ese mismo año a 87 billones de dólares.

Debe destacarse que según las informaciones existentes, la Unión Soviética emplea aproximadamente 5.000 rublos para mantener un soldado. Esta cantidad en Gran Bretaña es de 23.000 a 24.000 dólares, y en Alemania una cantidad similar, que representa alrededor de 18.000 rublos para estos países occidentales, para la mantención de un soldado al año, lo que es 3,5 veces mayor que el declarado por la Unión Soviética. Esto significa que el presupuesto militar de los soviéticos es realmente grande, ya que con la comparación anterior, los 130 billones de dólares le permitirían mantener una gran cantidad de soldados.

Refiriéndose siempre a la Unión Soviética, las informaciones señalan que hay más de 100 submarinos en Vladivostok, de los cuales 33 son de propulsión nuclear y están cruzando por las aguas adyacentes a Japón. En el verano de 1973 fue puesto en servicio el portaaviones "Kiev" de 45.000 toneladas, en el Mar Negro, equipado con aviones de despegue vertical y helicópteros, presumiblemente para ser empleados en la guerra A S o para el apoyo de un desembarco anfíbio. La Unión Soviética tiene también programada la construcción de más de 10 de estos buques para el futuro. Las razones son fáciles de imaginar. Probablemente serán desplegados adecuadamente en el futuro y cruzarán por las aguas adyacentes del Japón.

Como preparación del empleo futuro de estas armas contra el Japón o China, los rusos efectúan permanentemente vuelos de reconocimiento desde el norte de la Unión Soviética hasta frente a Shanghai, a lo largo de la costa del Pacífico, por las aguas territoriales del Japón, en operaciones que se conocen como el "Expreso de Tokio". Como promedio en un año se han realizado 16 vuelos al mes. Japón no ha preguntado a la Unión So-

viética cuál es la razón de tales vuelos hacia el país que ha hecho del pacifismo un dogma.

Como es bien sabido, la Unión Soviética tiene desplegadas 45 divisiones a lo largo de la frontera chino-soviética. Estas son fuerzas de rompimiento. Normalmente, ningún país mantiene una división completamente dotada en tiempo de paz; sin embargo, en este caso particular, gran parte de las divisiones rusas están con su dotación y equipo completo de guerra. Según las mismas fuentes, la razón de reclutamiento es del 70% y su equipo se hace cada vez más fuerte.

Para contrarrestar este despliegue ruso, el gobierno de la República Popular China mantiene alrededor de 1.000.000 de hombres en la frontera. Ha flotado siempre en el ambiente el rumor de que la Unión Soviética podría desencadenar una guerra "preventiva" contra China.

Esta posibilidad se fundamenta en que China no cuenta aún con ICBM. Tiene solamente IRBM, cuyo alcance es de sólo 2.000 a 2.500 millas. De acuerdo con apreciaciones de los entendidos, China tiene alrededor de 10 a 20 lanzadores de IRBM en Sinkiang, pero ellos no cubren completamente el territorio soviético. Pero China tendrá a corto plazo un ICBM, con el cual podría cubrir todo el territorio de la Unión Soviética. La idea de aplastar completamente a China antes que logre el ICBM o mientras la Unión Soviética mantenga el poder del primer golpe y el poder de China para atacar a la Unión Soviética sea débil, ha dado lugar al rumor de la guerra preventiva. China tendrá a corto plazo, si ya no lo tiene, el poder del segundo golpe, haciendo imposible a la Unión Soviética aplastar completamente a China. El rumor de la guerra preventiva, por consiguiente, tiene su fundamento en el concepto de aplastar completamente a la República Popular China antes que sus fuerzas logren el poder del segundo golpe. Presumiblemente este rumor fue iniciado por un lado para intimidar al otro, pero la situación es tensa y tal posibilidad no puede ser descartada por los japoneses.

En la península de Corea, el gobierno de la República de Corea del Sur está expuesto a ser atacado desde el norte en cualquier momento. El 4 de julio de 1972 se iniciaron las negociaciones entre el nor-

te y el sur, para la reunificación del país. Se inauguró un comité de coordinación entre los dos países, pero las conversaciones no han progresado; por el contrario, ambos países se han empeñado en una lucha diplomática. El 18 de enero de 1974, el gobierno de la República de Corea propuso al gobierno del norte la firma de un tratado de no agresión. El gobierno de Corea Popular propuso a su vez concluir un tratado de paz con los EE.UU. Así, se han envuelto en una lucha diplomática. Ambos gobiernos, tanto el del sur como el del norte, están clamando por la unificación de la península, pero buscando la unificación en beneficio de sus respectivos países y velando por sus propios intereses; los progresos logrados son nulos y existe tensión entre ambos gobiernos. Los EE.UU. mantienen 41.000 hombres en Corea y recientemente han declarado que no tienen intenciones de retirarse ante los esfuerzos desplegados por la otra parte para que abandonen Corea todas las fuerzas extranjeras, las de las NU inclusive.

Ante esta situación global en el área el gobierno de la República Popular de China ha reforzado sus fuerzas militares, haciendo énfasis en la Armada, debido a que su poder naval es muy inferior al de la Unión Soviética y a que buques de guerra rusos han pasado a través del Estrecho de Taiwan, lo que ha alarmado realmente a China.

III.—SITUACION PARTICULAR DE JAPON

Cuando la situación política internacional y vecinal del Japón es como se ha mencionado en el párrafo precedente, el gobierno japonés no ha podido desatender los medios para asegurar su seguridad nacional. Actualmente está completando el desarrollo del Cuarto Plan de Consolidación de su Poder Defensivo, pero, aun cuando éste se llevara a feliz término, subsistirá para él la necesidad del Tratado de Seguridad con los EE.UU., ya que los países vecinos están aumentando su armamento y existe una tensión concreta entre ellos.

Algunos sectores de la opinión pública japonesa, específicamente sectores de izquierda, en forma irresponsable llaman al desahucio del Tratado de Seguridad con

los EE.UU. y a ser independientes en materia de defensa, pero sin dar solución a la falta de un adecuado sistema defensivo propio que permitiera a los japoneses la autonomía defensiva. En las actuales condiciones, es precisamente el Tratado de Seguridad con los EE.UU. el fundamento y la base de la seguridad del Japón.

Este, no contando con el adecuado poder defensivo, no tiene otra alternativa que usar el poder de EE.UU. como parte de su propio dispositivo de seguridad. Esto es combatido duramente en el frente interno y algunos comentaristas se refieren despectivamente a la diplomacia vergonzosa, con una lógica incomprensible, pues no existe otra alternativa. Ya que se considera el Tratado de Seguridad con Estados Unidos como base de la diplomacia japonesa, las relaciones de Japón con sus vecinos tendrán que ser consideradas teniendo presente la presencia e intenciones de Estados Unidos.

A.—Con respecto a Corea

Corea continuará jugando un papel clave en el pensamiento japonés de la seguridad. La inquietud japonesa con respecto a Corea se fundamenta en la incertidumbre con respecto al compromiso de EE.UU. de defender a Corea contra un ataque comunista del norte. Con respecto a esta inquietud el Secretario de Estado Kissinger declaró no hace mucho que "a pesar de los recientes sucesos, los EE.UU. no se retirarán de Asia; que los EE.UU. reconocen que la paz y seguridad de la península coreana son de vital importancia para Japón y para toda el Asia".

La prensa japonesa estuvo especulando largamente en relación con las intenciones de Norcorea con respecto a Corea del Sur, con respecto a las ambiciones de Kim Il Sung de Corea del Norte para unificar a las dos Coreas bajo su liderazgo, con respecto a su viaje a Pekín, y con respecto a las intenciones de EE.UU. para resistir cualquier intento del norte para ocupar el sur por la fuerza.

Mientras los voceros del gobierno japonés insisten que hay pocas posibilidades de un choque armado serio entre el norte y el sur, la lectura cuidadosa de la prensa japonesa sugiere que Japón no está completamente convencido de que esto

pueda ser evitado. Los japoneses aparecen inseguros acerca de las intenciones de Kim Il Sung y están preocupados con respecto a la determinación de los EE.UU. de cumplir sus compromisos con respecto a Corea del Sur.

Muchos nipones pueden recordar que solamente 25 años atrás, después que el Secretario de Estado Dean Acheson declaró que Corea del Sur estaba dentro del perímetro defensivo de los EE.UU. y después que EE.UU. había retirado sus fuerzas de Corea del Sur, los norcoreanos agredieron el 25 de junio de 1950. Están ahora inquietos que esto pueda ocurrir otra vez.

Mientras estas inquietudes están latentes, los militares japoneses expresan sus dudas de si tal ataque podría ocurrir en la actualidad. Argumentan que ahora la situación política y militar es muy diferente con respecto a 25 años atrás. En aquel entonces las fuerzas norteamericanas habían sido retiradas y la doctrina imperante en Washington, como fuera expuesta por los líderes militares como el general George C. Marshall y el general Douglas Mac Arthur, era que nunca más deberían verse envueltos en una guerra terrestre en Asia. Además, la Guerra Fría estaba en su apogeo, la China Comunista y la Unión Soviética eran buenos socios y Japón estaba bajo ocupación militar de los EE.UU.

Hoy día, hay más de 41.000 norteamericanos en Corea con un surtido de armas nucleares; la Unión Soviética y China son los más amargos antagonistas; EE.UU. y China han establecido contactos y están desarrollando nuevas relaciones; Japón es una nación libre e independiente, la tercera potencia económica en el mundo; la Guerra Fría ha sido desplazada por un período de détente, y, lo más importante, los sudcoreanos aparecen unidos en su determinación de defenderse ellos mismos contra Corea del Norte.

Los militares estadounidenses que han hecho el cómputo de potenciales entre el norte y el sur, han establecido que existe un equilibrio en lo terrestre; los norcoreanos parecen tener ventajas en blindados y artillería y el sur en cantidad de hombres y experiencia militar obtenida en Vietnam.

El autorizado Instituto Internacional de Estudios Estratégicos en Londres estima en 470.000 el potencial militar de Corea del Norte, con 408.000 hombres en el ejército. Corea del Sur tiene 633.500 hombres sobre las armas con 560.000 en el Ejército y 29.000 Infantes de Marina. Se dice que el norte tiene una leve superioridad en el mar y en el aire.

Los Estados Unidos han estado modernizando las fuerzas de Corea del Sur con un programa de US\$ 1,5 billones que fue acordado en base al envío de fuerzas sudcoreanas a Vietnam. Las fuerzas norteamericanas están en Corea bajo el pacto de defensa mutua de 1954. Ese pacto obliga a los EE.UU. a ayudar a Corea en el caso de un ataque armado externo. El Senado, al dar su aprobación al tratado, estableció como condición, aceptada por los coreanos, que ninguna de las partes estaría obligada a ayudar a la otra, excepto en el caso de un ataque armado externo. Además, el tratado establece que cada nación actuará para enfrentar el peligro común de acuerdo con sus procedimientos constitucionales; esto es una aclaración de que sería necesaria la aprobación del Congreso antes de comprometer a las fuerzas norteamericanas. Sin embargo, se cree que la mera presencia física de fuerzas militares norteamericanas de la actual magnitud, presentes en Corea del Sur, haría extremadamente difícil al Congreso o al Presidente, retirar el apoyo a Corea en el momento del ataque sin el riesgo de poner en peligro la confianza de Japón en EE.UU. y de todos los países de Europa Occidental.

Parece haber diferentes apreciaciones en los EE.UU. en cuanto a qué hacer en caso que Corea del Norte ataque a Corea del Sur. Una reciente encuesta de Gallup mostró que el 40% de los norteamericanos están a favor de ayudar a Corea del Sur en tal eventualidad. El general George S. Brown, Presidente del Estado Mayor Conjunto, en su informe anual al Congreso, a comienzos del año pasado, dijo que el objetivo principal de la política militar de los EE.UU. continuaría siendo el mantenimiento de un poderío militar estable y el equilibrio político en el nordeste de Asia. La importancia estratégica de Corea no descansa tanto en Corea misma como en Japón, el cual, según afirmó

el general Brown, es la clave de la política norteamericana en Asia.

Ningún estratega en el Pentágono o en el Departamento de Estado consideraría en forma seria que Corea Comunista constituye un peligro militar directo para Japón. Más bien, el asunto es que cualquier movimiento militar o político en Corea conducirá a la inseguridad de Japón, con la posibilidad de que Japón se levantara otra vez como potencia militar en Asia.

No obstante llegue a ser imprudente descartar completamente un ataque desde el norte, aparece como improbable que tal ataque pudiera ser lanzado sin el apoyo de China o de la Unión Soviética, apoyo que en este momento no se visualiza.

El compromiso de EE.UU. con Corea intenta asegurar a Japón tanto como salvaguardar la seguridad de Corea del Sur. Sin embargo, hay algunos miembros del Congreso que gestionan la necesidad de tan costoso compromiso con Corea justamente para asegurar a Japón. Piensan que los EE.UU. deberían considerar la reducción paulatina de tan oneroso compromiso con Corea. El debate de este asunto probablemente será encabezado por los congresales que no recuerdan la Segunda Guerra Mundial o la Guerra de Corea y para quienes el peligro de la militarización de Japón es un mito sustentado por sus padres. Independiente de estos propósitos y de lo cuestionable de los compromisos de EE.UU. con el Noreste de Asia, no parece que los EE.UU. retirarán sus fuerzas de Corea, mientras deseen mantener una defensa adelantada en el área, como lo hicieron en 1950, e invitar así a una repetición del ataque de Corea del Norte sobre el Sur.

B.—Con respecto a la Unión Soviética

Las principales potencias del Este Asiático están en proceso de establecimiento de relaciones que podrían mejorar las posibilidades de paz en el futuro en el área. Están haciendo esto teniendo como telón de fondo las especulaciones en todo el ámbito de Asia, el reajuste y temores siguientes a la reciente conquista de Indochina por los comunistas. La región está en ebullición y están en progreso cambios fundamentales en las ideas y la acción. Tanto la Unión Soviética como China pa-

recen estar ejerciendo restricción al comportamiento de las potenciales y actuales insurgencias en el área. China y Rusia también prevén la modificación de las relaciones de uno y otro con EE.UU. y Japón. Por consiguiente, las misiones de Washington a Moscú tienen que ser seguidas por otras a Pekín y viceversa con el objeto de no romper el vital y delicado equilibrio entre las mayores potencias.

Japón, respondiendo al dramático contacto entre China y los EE.UU., está en el proceso de desarrollar estrechas relaciones con China y la Unión Soviética. Ha establecido relaciones diplomáticas con Pekín y está ahora tratando de negociar un pacto de paz y amistad con China. Sin embargo, se han producido dificultades con la Unión Soviética, por una cláusula del tratado con China que se opondría a la "hegemonía" en el área por una tercera potencia, evidentemente dirigida contra Moscú. En una declaración entregada a comienzos del año pasado al embajador japonés en Moscú, los soviéticos previnieron a Tokio con respecto a la realización de cualquier acto que pudiera ir en detrimento del desarrollo de las buenas relaciones entre Japón y la Unión Soviética. Este aviso fue el clímax de una campaña montada en la prensa y a través de los canales diplomáticos contra el acuerdo chino-japonés propuesto. Las objeciones de Moscú han hecho dudar a Tokio en la conclusión del tratado. Si Japón firma el pacto en su forma actual con la cláusula de la hegemonía incluida, las relaciones con los soviéticos podrían deteriorarse. Por otra parte, China ha dejado muy en claro que desea dicha cláusula en el tratado.

Para tratar de solucionar los problemas derivados de este dilema, Japón debe considerar cuidadosamente algunos de los elementos más fundamentales de sus relaciones con China y la Unión Soviética.

Hay cinco aspectos esenciales en las relaciones ruso-japonesas: el tratado de paz, la disputa territorial (asociada con la inclusión del tratado de paz), el desarrollo de Siberia, las relaciones con los EE.UU. y China, y la pesca.

La falta de un tratado de paz es un asunto de menor importancia que los otros problemas, aunque ambos países preferirían formalizar sus relaciones. Han vivi-

do sin él por casi 30 años y han tenido relaciones diplomáticas desde hace 18. Se han producido varios intentos para impulsar el asunto del tratado de paz, pero los esfuerzos siempre se han varado por el problema territorial.

Los soviéticos mantienen en su poder las cuatro islas Kuriles capturadas al Japón al término de la Segunda Guerra Mundial, y Tokio considera imposible un tratado de paz a menos que las islas sean devueltas. Rusia, por su parte, teme que la devolución de ellas, relativamente insignificantes, podría establecer un precedente para las reclamaciones territoriales de Pekín a lo largo de la frontera chino-rusa. No ha habido progreso sobre esta materia.

El desarrollo de Siberia contiene peligros y promesas tanto para los rusos como para los japoneses. Es un problema complejo entre ambas potencias. La cooperación beneficiaría a ambas partes, pero los prolongados regateos han demorado un acuerdo. Problemas tales como los acuerdos financieros, la comprobación de la existencia de recursos naturales, los suministros que Japón obtendría de estos recursos, el papel de terceros países, son aspectos que se mantienen sin resolver. Los nipones son los más ansiosos de tener junto a ellos a los EE.UU. en cualquier acuerdo siberiano, pero EE.UU. no ha respondido con el mismo entusiasmo, ni mucho menos.

Otro problema en las relaciones de Japón con la Unión Soviética es el papel que ellas deben jugar con respecto a China y los EE.UU. Rusia es el único país en el área que constituye un peligro potencial para Japón. La contraparte de este peligro, a lo menos desde el punto de vista japonés, es el antagonismo que existe entre China y la Unión Soviética, cuya confrontación, según espera Japón, limitaría cualquier intención de la Unión Soviética que la llevara a tomar una acción militar contra él. También está el Tratado de Seguridad Nipo-americano que haría que los soviéticos dudaran en atacar al Japón.

La disputa pesquera es un problema permanente, pero podría hacerse más difícil a medida que la polución costera alrededor del Japón fuerce a los pescadores japoneses a ir más y más lejos de sus

costas, más aún ahora que están siendo aceptados los derechos del país ribereño sobre las 200 millas. Los salmones, truchas, arenques y jaibas son las principales pescas sujetas a acuerdos anuales con la Unión Soviética. Cada año trae difíciles discusiones a medida que el tonelaje capturado por los japoneses continúa disminuyendo en las aguas sobre las cuales ejerce control la Unión Soviética.

C.—Con respecto a China

Como se ha dicho anteriormente, Japón y China están tratando de negociar un tratado de paz y amistad, pero las negociaciones se han estancado por problemas de la hegemonía, un asunto dirigido por los chinos contra los rusos. Otros asuntos más importantes entre Japón y la China conciernen a la historia de hostilidades entre las dos naciones (la Guerra Chino-japonesa de 1894 y 1895 y la invasión de Japón a China de 1932 a 1945), el asunto de Taiwán, los requerimientos militares japoneses y la rivalidad potencial de los dos países por la influencia económica y política en Asia. Japón y China piensan en forma diferente con respecto a estos asuntos. Están actualmente discutiendo sobre ellos, dentro del contexto del equilibrio de las cuatro potencias en el área. China, por ejemplo, no hace mucho acusaba a Japón de resurgimiento militar y exigía que éste renunciara a su tratado de seguridad con Estados Unidos. La presencia del poder militar soviético en la frontera de 3.000 millas de China con la Unión Soviética ha influido indudablemente en la política china, como para recomendar a Japón que mantenga la presencia norteamericana. Japón, por su parte, está buscando abrir su mercado en China, necesita petróleo chino y otras materias primas y está trabajando para mejorar sus relaciones económicas, políticas y comerciales con Pekín. Sin embargo, independiente de la forma en que ambos países están negociando estos asuntos, la historia de los conflictos militares y sus diferentes actitudes ejerce una poderosa influencia en la interpretación que cada uno le dará a las intenciones y políticas del otro.

El asunto Taiwán ha estado por el momento diferido como resultado del enfriamiento de las relaciones diplomáticas de

Tokio con Taipei. Sin embargo, los japoneses consideran a Taiwán independiente económicamente y ellos tienen fuertes intereses históricos, culturales y económicos en vista, si llega a ser políticamente independiente. El presionar sobre esta política en este momento crearía dificultades con Pekín.

Los problemas de seguridad de Japón y la rivalidad político-económica con China en Asia son otros asuntos que son causas potenciales del deterioro de las relaciones chino-japonesas. Ni uno ni otro son agudos en este momento y ambos países reconocen la necesidad de discutirlos constructivamente dentro del contexto de las relaciones de las cuatro potencias.

El poder económico japonés existente abrirá nuevas oportunidades para ampliar las relaciones con China y Rusia, pero ello también provocará rivalidades en el Este de Asia, especialmente con China. Además, la confrontación chino-soviética, aunque crea incentivos en Moscú y Pekín para cultivar la amistad de Japón, coloca a este último en una delicada posición. Apenas los nipones aparecen acercándose a una de las potencias comunistas, ellos provocan la ira del otro y el riesgo de impedir la ampliación de las relaciones.

Estos son algunos de los peligros que afectan la surgencia de Japón como miembro del bloque de cuatro potencias en el Este Asiático. El cómo se manejará Japón ante esta situación dependerá en no pequeña medida del desarrollo de la política interna en el propio país y sus relaciones con los EE.UU.

IV.—EVOLUCION POLITICA INTERNA EN JAPON Y EN LOS ESTADOS UNIDOS

A.—Japón:

Desde el término de la Segunda Guerra Mundial ha habido una infranqueable división en la sociedad japonesa. La polarización de sus políticos, podría hacerse más pronunciada a medida que el país, a través de la participación en la política multipolar en el Este Asiático, sea forzado a tomar una acción más positiva en la escena internacional.

Las raíces de la divergencia política se profundizan dentro de la historia política

japonesa anterior a la citada guerra. Durante el período Meiji, pero especialmente durante los regímenes militares de los años 30, los grupos izquierdistas en Japón fueron restringidos severamente en sus actividades políticas. Los líderes laborales, los intelectuales, los periodistas y políticos fueron arrestados o controlados rigurosamente.

Con la ocupación vino un alivio de estas restricciones, permitiendo a los grupos izquierdistas jugar un papel importante en el proceso político de pos-guerra. La industrialización y urbanización contribuyó a aumentar las filas progresistas y la izquierda ha llegado ahora a representar a más de un tercio del electorado japonés; estas fuerzas podrían describirse como de perpetua oposición a la política del gobierno.

Agregado a esta fuerte oposición está el creciente desencanto de la gente joven por las condiciones de vida. Ellos tienen la tendencia a echarle la culpa de la contaminación ambiental, la falta de viviendas e insuficiencia del servicio social al crecimiento incontrolado de la economía. Su frustración ha encontrado expresión política por medio de los partidos socialista y comunista. Este último, especialmente, se ha mostrado muy hábil para capitalizar el descontento público.

El aumento de la inestabilidad política en el país parece ser una posibilidad a medida que las tensiones internas sean exacerbadas por los efectos de la política de gran crecimiento económico. Hay un sentimiento en aumento, especialmente entre la juventud, de que debe establecerse alguna limitación en posteriores aumentos significativos en el crecimiento de la economía y que el medio ambiente no puede tolerar por mucho tiempo más el 10% de razón de crecimiento que ha sido característico de la economía japonesa en la última década. Tal polarización de intereses en el plano doméstico distraerá afortunadamente a los líderes nacionales y a la población, como un todo, de un papel más activo para Japón en los asuntos internacionales.

Los grupos de la extrema izquierda han sido mucho menos entusiastas que el gobierno, con respecto de llevar a la nación a un papel internacional más agresivo y esperan continuar oponiéndose a los esfuerzos de los gobernantes. La izquierda,

en los últimos 30 años, ha sido profundamente antagonista hacia el tratado de seguridad japonés con los EE.UU., se ha opuesto a las fuerzas de auto-defensa y ha tendido generalmente a adoptar una postura neutralista en los asuntos internacionales. Mientras lo disimulan ideológicamente y a veces entran en conflicto, varios grupos de la extrema izquierda están por lo general de acuerdo en que Japón debe jugar un papel más pasivo en los asuntos foráneos.

Las tensiones y conflictos en la vida política interna contribuyen a la falta de iniciativa, de propósitos, de determinación y de concentración necesaria para que Japón llegue a ser una potencia mundial en opinión de todo el mundo. Es muy difícil para una nación levantarse al status de una gran potencia sin el deseo y propósito nacional de hacerlo y es dudoso que el gobierno y el Partido Liberal-Democrático, que ha conducido a Japón, con una pequeña interrupción, desde el término de la guerra, tengan la cohesión y poder para llevarlo al status de potencia mundial. La deriva e indecisión han caracterizado el comportamiento del partido durante los últimos años y aparecen pequeñas perspectivas que esta situación puede cambiar, dada la naturaleza de la estructura y organización del mismo y el camino seguido en los asuntos foráneos y domésticos, cada vez complejos.

Las implicancias de esta situación para la política exterior japonesa son serias. El mundo está en el proceso de cambios significativos y estos cambios requieren flexibilidad, habilidad diplomática y activa participación en los asuntos internacionales. Japón, sin embargo, permanece dependiente de los EE.UU., descansando intensamente en los EE.UU. para su seguridad. Estas relaciones han hecho crecer en sus conciudadanos la sensación de dependencia, sintiéndose psicológicamente como si toda la estructura de su país se apoyara en las relaciones con los EE.UU. Esta sensación de dependencia no inspira a Japón a moverse en la forma determinada e independiente que corresponde a las grandes potencias. Hay algunas evidencias, como se ha dicho, de que el país está enfilando hacia una postura más independiente en su política exterior, pero en los asuntos fundamentales de seguridad, su confianza en los EE.UU. aparece como absoluta.

Esta situación pone limitaciones psicológicas severas en la habilidad japonesa para afirmar su independencia de los Estados Unidos. Está empezando a realizar su status de gran potencia en el aspecto económico, pero ello es insuficiente para tener peso en el consejo de las grandes potencias. Su reacción, por ejemplo, durante la crisis del petróleo en 1973, reflejó la falta del poder real necesario para influir a su favor en estos eventos. La acción de su política en ese tiempo, aunque entendible a la luz de su casi total dependencia del petróleo árabe, despertó gran reacción en los EE.UU., especialmente en algunas bancas del Congreso y la Administración.

Las condiciones de la política interna japonesa han impuesto restricciones importantes en la habilidad del país para operar efectivamente y en forma independiente en el escenario internacional. Dada la naturaleza de estas políticas, son pocas las posibilidades que se visualizan para que haya un cambio significativo en la orientación política externa del Japón siguiendo a corto plazo a un cambio repentino y dramático en el equilibrio del poder en el área, cambio que los nipones considerarían altamente peligroso para su propia seguridad. Aun así, su acción tendría que ser gobernada por los rígidos factores de su posición geopolítica en el noreste de Asia.

B.—Los EE.UU.:

La actitud tanto pública como del Congreso de los EE.UU. hacia las relaciones y alianza con Japón han sido por lo general indiferentes. La cobertura de la prensa japonesa de las actividades norteamericanas es completa y voluminosa, en cada uno de los más importantes periódicos que publican ediciones en inglés, mientras la cobertura de los asuntos japoneses en la prensa norteamericana es escasa. Esto refleja, en cierto sentido, la diferente actitud de los japoneses y americanos con respecto a la alianza. La sensación japonesa de dependencia en sus relaciones con los EE.UU. es fuerte, mientras el público norteamericano y el Congreso mantienen la tendencia de mirar a Japón como el miembro más joven de la sociedad, y éstos, muy sensibles a esta actitud norteamericana, experimentan un profundo sentido de frustración en el trato con ella.

De tiempo en tiempo es levantan voces en el Congreso y en el Pentágono urgiendo a Japón a hacer más por su propia defensa y hay algunas murmuraciones y descontentos con respecto a la naturaleza de beneficio unilateral que tiene el Tratado de Seguridad. También hay algunas exhortaciones para que Japón juegue un papel más prominente en los asuntos internacionales. Pero, en su mayor parte, estos sentimientos del Congreso y la Administración siguen el flujo y reflujo de la marea de los sucesos internacionales en el Este Asiático.

Uno de los recientes problemas en las relaciones nipo-americanas fue el serio desequilibrio de la balanza comercial entre los dos países, que tuvo en un momento un superavit de casi 4 billones de dólares en favor de Japón. Sin embargo, este problema tiende a solucionarse, ya que el comercio cada año se aproxima más al equilibrio. Se mantienen, no obstante, algunas críticas con respecto a los japoneses en algunos sectores de la comunidad financiera de los EE.UU. por sus agresivas prácticas de venta, pero éstas han estado decreciendo gradualmente y mirando políticamente con generosidad. El reciente problema surgido en el aspecto textil entre los dos países produjo un serio malentendido que trajo algunas erosiones en la amistad. También la forma en que los EE.UU. iniciaron sus nuevas relaciones con China fue mal comprendido y la ausencia de cualquier consulta previa con el gobierno japonés con respecto a los cambios momentáneos en la política norteamericana —especialmente cuando los japoneses han sido tan meticulosos con respecto a la mantención del tono de la política estadounidense con respecto a China— fue poco afortunada y causó una innecesaria pérdida de confianza en su desarrollo.

Estas acciones norteamericanas son sintomáticas de una actitud en el gobierno y en el Congreso de los EE.UU. de considerar por hecho el consentimiento japonés. Es probablemente inevitable que tal actitud exista, dada la naturaleza de las relaciones entre los dos países, pero ello no contribuye al entendimiento y confianza mutua. Hay evidencias de que está ocurriendo un cambio significativo en esta actitud general hacia Japón en el nuevo gobierno de Carter; sin embargo, no pa-

rece que tendrá un efecto serio en el apoyo de EE.UU. a la alianza con Japón.

V.—COMENTARIOS FINALES

Las relaciones entre los EE.UU. y Japón, que alcanzaron su punto más bajo entre 1971-1972, han mejorado notoriamente y después de los eventos en Vietnam, Laos y Cambodia, la alianza no se vio afectada, previéndose para el futuro próximo que Japón, oponiéndose a una alteración mayor en el equilibrio de poder en el Este Asiático, continuará buscando y recibiendo la protección brindada por el Tratado de Seguridad Nipo-americano y mantendrá en lo general sus relaciones con los EE.UU. sin un cambio significativo.

Se ha sostenido también que aun cuando Japón deseara buscar una mayor independencia en el ejercicio de su política externa, habría poderosas fuerzas en su sociedad militante contra tal acción, fuerzas que podrían establecer importantes límites al crecimiento del poderío nacional japonés. El territorio, la población y la política económica están actuando contra sus esfuerzos para mejorar el status de su poderío internacional. Consecuentemente, estas mismas fuerzas están evitando que Japón pueda moverse muy lejos de su actual dependencia de los Estados Unidos.

Con su masa territorial de aproximadamente el tamaño de California y solamente alrededor del 20% de ella arable; con una población de más de 110 millones deseando trabajo y mejores condiciones de vida; con la política económica del gobierno impulsando un mayor crecimiento para satisfacer estos deseos; con problemas de aumento de contaminación, transporte y bienestar social, los japoneses deben enfrentarse a éstos en forma urgente, dejando para después probablemente cualquiera ambición para obtener el status de gran potencia. Parece improbable que pudieran hacer ambas cosas a la vez.

La Tierra es finita; el ambiente puede absorber sólo parte de la contaminación; Japón no puede construir sus grandes complejos en Manchuria, Corea y Formosa, y mover sus excesos de población a esas áreas para trabajar y vivir como lo hizo antes de la Segunda Guerra Mundial.

Hoy en día, sus fuentes de abastecimiento de materias primas dependen de las antojadizas políticas de otros países, situación que es muy difícil de sobrellevar por una nación pobre en recursos.

Con un territorio limitado y una gran población, con un establecimiento industrial voraz que continúa absorbiendo la tierra capaz de producir alimentos, un ecosistema en peligro de desbalancearse, un público que está comenzando a aumentar su desencanto por el despojo del ambiente, con un gobierno que es políticamente débil y dividido y aparentemente poco deseoso o incapaz de producir suficientes recursos para lograr un mejoramiento significativo en las condiciones de vida a expensas de la expansión económica, con una oposición política fuerte al desarrollo de una posición militar más poderosa, las opciones del Japón son escasas para adoptar el tipo de política que le permitiera resolver algunos de estos problemas, mientras al mismo tiempo se mueve hacia una acción internacional más fuerte.

También, internacionalmente, la población mundial está creciendo, los recursos están mermando y la competencia por la energía está aumentando. Las condiciones internas y externas están así actuando contra las posibilidades de Japón de obtener el status de gran potencia en el futuro predecible.

Debido a que este país es enormemente dependiente de los EE.UU. para su protección, como asimismo en el abastecimiento de productos agrícolas y materias primas para su industria (excepto petróleo), y está unido a los EE.UU. por medio de un sinnúmero de relaciones financieras, comerciales, culturales y políticas, parece ser muy poco deseable que Japón tomara acciones que pudieran comprometer estas relaciones.

Por el contrario, es más probable que continúe jugando un papel mucho más modesto en los asuntos internacionales mientras descansa en los EE.UU. para su seguridad en último término. Una separación radical de este curso de acción podría producirse sólo como resultado de un cambio importante en el equilibrio de poder en Asia, incitado, ya sea por el retiro del poderío militar norteamericano del área, o bien por acciones de los Estados Unidos que minaran seriamente la

confianza de los japoneses en los norteamericanos como aliados responsables, o amenazaran las relaciones bilaterales entre ambos países.

La combinación de inflación y recesión con las cuales los gobiernos de Japón y EE.UU. han tenido que luchar en los últimos años no ha impactado en sus relaciones. Por el contrario, ambos gobiernos han venido a reconocer que sus problemas económicos son de tal magnitud y de alcances mundiales que sólo pueden ser atenuados por acción multilateral. Aunque los dos países pueden a veces diferir en cuanto al mejor remedio para afrontar estos problemas mundiales, tienen un interés común en lograr la aceptación de acuerdo a las reglas internacionales que protejan una economía mundial estable y en expansión. Ambos aceptan la necesidad de cooperar en este sentido con las otras naciones industriales mayores y en el proceso para encontrar los caminos de encuentro con las demandas de las naciones en desarrollo.

Nadie visualiza en el horizonte una disputa política entre ellos. Por cierto, el término de la intervención de EE.UU. en el pantano de Vietnam ha conducido a los dos países a una mayor aproximación. Ha sido eliminado un asunto que frecuentemente enfrió las relaciones en el pasado. El gobierno japonés está ahora tratando de mitigar el hecho y defender su complacencia de permitir a las fuerzas norteamericanas emplear el territorio japonés para apoyar una guerra que desde un comienzo fue altamente impopular en su país. Es cierto que la repentina y confusa forma en que los EE.UU. fueron forzados a retirarse de Vietnam ha dado pábulo para la inquietud en Japón, estimulado especialmente por el temor del comienzo de un conflicto en Corea y la incertidumbre de cómo los EE.UU. responderían. Pero esta preocupación en aumento con respecto a la propia seguridad del Japón aparece como mejorando las perspectivas en lo que respecta a las políticas de EE.UU. y Japón con relación a Corea y tiende a facilitar a los militares japoneses y americanos el camino para planificar en forma más real la cooperación de los EE.UU. en la defensa de Japón.

Algunos años atrás las actitudes y políticas divergentes de estas dos naciones con respecto a China produjeron cierta tensión en las relaciones nipo-americanas.

También aquí la tensión ha cedido. Ambos países están comprometidos en esfuerzos a largo plazo para expandir y diversificar sus relaciones con China, mientras continúan manteniendo un comercio substancial y otras relaciones con Taiwán. Cada país ha procedido a su manera y en base a sus propios fundamentos, pero con el propósito de crear relaciones más estables y productivas con China.

Las relaciones entre los E.UU. y Japón parece ser que continuarán desarrollándose en una forma muy conveniente para ambas naciones, con mayor énfasis que en el pasado, y en forma muy provechosa para el segundo, que será el foco central de la política de EE.UU. con respecto al Este Asiático, lo que contrarrestará la difícil situación geopolítica de Japón en el Noreste Asiático.

